

# El presagio de un nuevo Madrid. El Ensanche Sur (1860-1878)\*

Fernando VICENTE ALBARRÁN  
(Universidad Complutense de Madrid  
Departamento de Historia Contemporánea)  
*fernando.vicente@hotmail.es*  
*fernando.vicente@ghis.ucm.es*

Recibido: 8 marzo 2009

Aceptado: 17 mayo 2009

## RESUMEN

En 1860 se aprobó el proyecto Ensanche de Madrid de Castro para solucionar los graves problemas de hacinamiento y salubridad de la ciudad. Miles de inmigrantes llegaban a la capital para mejorar sus condiciones de vida y muchos de ellos se asentaron en las nuevas zonas del Ensanche. Además del proyecto urbanístico, el ferrocarril transformó el Ensanche Sur en una zona industrial y de extracción popular. Este artículo analiza la evolución de los nuevos barrios del sur de Madrid a través de las personas que vivían en ellos y la progresiva diferenciación social entre unas zonas y otras de la ciudad.

**Palabras clave:** Historia social. Madrid. Ensanche. Padrón municipal. Inmigración. Grupo familiar. Segregación socioespacial.

---

\* Este texto ha sido posible gracias a la concesión de tres proyectos de investigación: “De la sociedad industrial a la sociedad de servicios. Cambio social y económico en un espacio metropolitano. Alcalá de Henares, 1868-2000”, MINISTERIO DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA. PLAN NACIONAL DE I + D + I. (BHA2003-02543). UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID. Investigador principal: Luis Enrique Otero Carvajal; “De la sociedad industrial a la sociedad de servicios. Cambio social y económico en un espacio metropolitano. Alcalá de Henares, 1868-2000” COMUNIDAD DE MADRID. PLAN REGIONAL DE I + D + I. Ref.: 06/HSE/0373/2004. “*La destrucción de la ciencia en España. De la Edad de Plata a la dictadura franquista, 1907-1945*”, ref.: HUM2007-64847/HIST. MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CIENCIA. PLAN NACIONAL DE I + D + I. UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID. Investigador principal: Luis Enrique Otero Carvajal. Así como por las discusiones mantenidas por el grupo de investigación UCM *Historia de Madrid en la edad contemporánea*, n° ref.: 941149, compuesto por Luis Enrique Otero Carvajal, Gutmaro Gómez Bravo, José María López Sánchez, Rubén Pallol Trigueros, Rafael Simón Arce, Fernando Vicente Albarrán, Borja Carballo Barral, Nuria Rodríguez Martín y Javier San Andrés Corral.

*The portent of a new Madrid. The South Urban Extension (1860-1878)***ABSTRACT**

Castro's project about the urban extension of Madrid was approved, in 1860, to solve the serious problems of stacking and public health of the city. Thousand of immigrants came to the capital for improving their living status and most of them established their home and job in these new city areas. Besides the city planning, the south urban extension was transformed into an industrial area by the train, where low-class people lived. This paper analyzes the evolution of these new southern suburbs of Madrid through people who lived in them and the progressive social differences that were appearing among the different areas of the city.

**Keywords:** Social History. Madrid. Urban extension. Municipal register. Immigration. Social space segregation.

**1. Introducción**

Este trabajo forma parte de un proyecto de investigación cuyo objetivo final es el análisis de los cambios sociales, políticos, culturales y económicos de la sociedad urbana española entre la época de la revolución liberal burguesa y el inicio de la Guerra Civil en 1936. Mi ámbito de estudio se centra en el actual distrito administrativo de Arganzuela, en la ciudad de Madrid, a lo largo de más de setenta años, desde su nacimiento, en 1860, como la zona Sur del Ensanche diseñado por Carlos M<sup>a</sup> de Castro para la ampliación de la capital, hasta la época de la II República española, cuando ya era una zona plenamente integrada en la ciudad. Una investigación que se integra en el proyecto colectivo del Ensanche de Madrid<sup>1</sup> (junto con las tesis doctorales en curso de Borja Carballo y Rubén Pallol), el cual reconstruye el proceso de transición desde la sociedad liberal decimonónica a los años en que las masas comenzaron asomarse a la vida pública; un período histórico lleno de cambios y permanencias, de modernización y parálisis, que acabó por convertir a la enclaustrada corte isabelina en la menuda y eléctrica metrópoli de los años 30.

La historia urbana, tal y como diagnosticó el profesor Bahamonde en su día<sup>2</sup>, ha entrado en el siglo XXI como una de las disciplinas emergentes en el actual panorama historiográfico español. Una rama de estudio que se aleja del campo urbanístico para realizarse como una historia social de la ciudad, que pone el acento en los procesos socioeconómicos de cambio en contextos geográficamente urbanos. El siglo XIX conllevó un renacimiento del mundo urbano y las ciudades se convirtieron

---

<sup>1</sup> CARBALLO, Borja; PALLOL, Rubén y VICENTE, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

<sup>2</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel: "La historia urbana", en Juan Pablo FUSI AIZPURÚA (ed.): *La historia en el 92. Ayer*, 10 (1993), p. 47.

en el espejo de las transformaciones sociales. El proceso de crecimiento y expansión de las ciudades y, lo que es más relevante, la adopción de las formas de vida urbanas por parte de la sociedad en su conjunto, fue un fenómeno que se dilató en el tiempo hasta bien entrado el siglo XX. Era una corriente de fondo que suponía un giro copernicano en los usos y costumbres de las personas, una revolución en la vida cotidiana que se mantuvo un tanto velada, oculta tras las sacudidas de motines, guerras, huelgas o revoluciones, pero cuyo avance fue inexorable y propició un largo período de transición y de situaciones intermedias. Por ello, las ciudades constituyen un marco de estudio idóneo para desplegar un amplio abanico de técnicas metodológicas, como ya han demostrado un gran número de obras, tanto clásicas como de reciente aparición<sup>3</sup>, que han centrado su mirada en los callejeros físicos y humanos de nuestro país. Estudios sistemáticos y globales aplicados en ciudades de tamaño medio o pequeño, pero imposibles de afrontar en las inmensidades de Madrid o Barcelona. En el mejor de los casos, estos gigantes han sido abordados a partir de muestreos reducidos de la población<sup>4</sup>.

Madrid es la gran pasarela para todo aquel que pretenda prosperar o destacar en sus actividades, el principal escenario urbano de nuestro país, gracias a la bendición de la capitalidad, desde hace más de cuatro siglos. La historia moderna y contemporánea españolas resultan incomprensibles si desconocemos la evolución interna de este centro neurálgico político y económico, igual que sería inconcebible una historia de la sociedad contemporánea británica sin atender a las transformaciones de Londres<sup>5</sup>. En los años 80 y principios de los 90, Madrid fue objeto de un buen número de obras<sup>6</sup> que abrieron un campo inexplorado, con grandes posibilidades para

<sup>3</sup> OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, CARMONA PASCUAL, Pablo, GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares, 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2003; ESTEBAN DE VEGA, Manuel, GONZÁLEZ GÓMEZ, Santiago, REDERO SAN ROMÁN, Manuel: *Salamanca 1900-1936: La transformación limitada de una ciudad*, Salamanca, Excm. Diputación Provincial, 1992; RIVERA BLANCO, Antonio: *La ciudad levítica. Continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*, Vitoria, Diputación Foral de Álava, 1992; SERNA, Justo y PONS, Analet: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del XIX*, Valencia, Diputación de Valencia, 1992; GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel: *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, población y ciudad)*, Bilbao, Fundación BBV, 1995; GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (dir.): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, Bilbao, Fundación BBVA, 2001; SAN ANDRÉS CORRAL, Javier: *Guadalajara, 1869-1884. El lento despertar de un prolongado letargo*, Madrid, Trabajo Académico de Tercer Ciclo UCM, 2007; UGARTE TELLERÍA, Javier: "Pamplona, toda ella un castillo, y más que ciudad, ciudadela. Construcción de la imagen de una ciudad, 1876-1941" en Ángel SANZ MARCOTEGUI (ed.): *Memoria histórica e identidad. En torno a Cataluña, Aragón y Navarra*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2004.

<sup>4</sup> OYÓN, José Luis: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras (1914-1936)*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2008.

<sup>5</sup> SHEPPARD, Francis: *London: a history*, New York, Oxford University Press, 1998.

<sup>6</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid, 1856-1866*, Madrid, UCM, 1981; BAHAMONDE MAGRO, Ángel, y OTERO CARVAJAL, Luis En-

desarrollar líneas de investigación que ahondaran en el conocimiento de procesos como la construcción del Estado liberal, la modernización de la sociedad, la formación de elites nacionales, la evolución política y las dificultades para el afianzamiento de la democracia, el surgimiento de la sociedad de masas, etc.

Un notable esfuerzo que retoma nuestro proyecto colectivo con el claro objetivo de ampliarlo para situar a Madrid en el centro del debate historiográfico y convertirla en una referencia ineludible a la hora de entender la configuración y evolución de la sociedad española contemporánea, no sólo desde su ámbito político-administrativo, sino principalmente desde su complejidad urbana y social, desde su potencial como la mayor ciudad de nuestro país. A través de un trabajo sistemático con los padrones municipales de 1860 y 1878, el principal soporte documental de la investigación, y su contraste con otra serie de fuentes complementarias (planos, imágenes, obras públicas y finanzas, beneficencia, prensa, etc.), se pretende dibujar el nuevo rostro que adquiriría la capital española desde Arganzuela, la zona sur y más popular del Ensanche madrileño, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, para así definir las bases sobre las que girará en el futuro una ciudad vibrante, con gestos de metrópoli, como era el Madrid de los años 30 del siglo XX. Un estudio microanalítico que pretende profundizar en la compleja evolución de una urbe con miles de caras, en el ambiguo rostro del Madrid decimonónico como ciudad de las oportunidades.

## 2. Madrid crece, la ciudad se ensancha

Los años centrales del siglo XIX fueron la década prodigiosa para la ciudad que acogía a la Corte isabelina. En pocos años se agolparon una serie de acontecimientos que embarcaron a Madrid en una mutación revolucionaria de su concepto como ciudad, quizá pausada y sigilosa en cuanto a sus tiempos y formas, pero sin duda de profundas consecuencias a medio y largo plazo. La inauguración de la línea ferroviaria Madrid-Aranjuez en 1851, junto con la estación del Mediodía (actual Atocha)

---

rique (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-Universidad Complutense de Madrid, 1986, 2 vols; BAHAMONDE MAGRO, Ángel, y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Madrid, Alfoz-Comunidad Autónoma de Madrid-Universidad Complutense de Madrid, 1989, 2 vols; BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana", en Juan Pablo FUSI AIZPURÚA: *España. Autonomías*, Madrid, Espasa, 1989, pp. 517-613; BRANDIS, Dolores: *El paisaje residencial de Madrid*, Madrid, MOPU, 1983; Díez de Baldeón, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986; FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Barcelona, Vicens Vives, 1985; NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985; FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Madrid, Editorial Complutense, 1993; JULIÁ, Santos, RINGROSE, David y SEGURA, Cristina: *Madrid, historia de una capital*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.

como punto de partida y de llegada, estrenó una nueva era en la relación de la capital con el resto del país<sup>7</sup>. El impulso a las comunicaciones (tren, telégrafo, correo<sup>8</sup>) fortalecía su papel político en plena construcción del joven Estado liberal y facilitaba una articulación más densa del mercado interior, al acelerar, incrementar y abaratar el intercambio de mercancías, personas e información. Poco tiempo después, en 1858, se ponía el punto y final a las obras del flamante Canal de Isabel II, que abasteció a una ciudad sedienta de agua, sin la cual no sólo era imposible arreglar su feo desaliño interior, sino también el fomento de la industria y el suministro de sus habitantes. Finalmente, en 1860 se aprobó el proyecto de ampliación urbanística que había elaborado el ingeniero Carlos M<sup>a</sup> de Castro. Estos tres elementos quedaron como los cimientos del ulterior despegue de la capital en el primer tercio del siglo XX y fueron la respuesta a los numerosos problemas que atenazaban al Madrid isabelino.

Madrid había salido malparada de la época napoleónica. Los destrozos y quebrantos que ocasionó la guerra contra el francés, los virulentos ataques epidémicos, los fantasmas del hambre y la confirmación del definitivo ocaso imperial con la pérdida de las colonias, acabaron por hundir a una ciudad que vivía por y para la Corte. Madrid apenas levantó cabeza demográficamente a lo largo de la primera mitad de siglo XIX y su crecimiento permaneció estancado, como ensimismado en el interior de su longevo cercado. La situación comenzó a cambiar a partir de las décadas de 1830 y 1840, cuando los procesos desamortizadores centrados en el mundo eclesiástico y agrario, el final de las guerras civiles carlistas y la pervivencia de intermitentes crisis de subsistencias actuaron como factores de expulsión poblacional hacia unas ciudades que empezaron a recuperar, con ello, su pretérita vitalidad. El régimen demográfico de tipo antiguo, con sus altas tasas de mortalidad a costas, era un gravoso lastre para Madrid, compartido con el resto de grandes ciudades de la época. Sólo la fuerza de la inmigración rural trocó el duermevela demográfico de la primera mitad de siglo por un decidido despegue hasta el medio millón de habitantes al rozar el siglo XX.

Los problemas no se hicieron esperar y al incómodo e insalubre hacinamiento se unió la ineficacia de unas tímidas reformas efectuadas en el interior de su casco urbano. Una complicada tesitura que empujó al Gobierno central a la aprobación, por Real Decreto, del proyecto de ampliación de la ciudad. El diseño de Castro ensanchaba la ciudad por tres direcciones, aunque las zonas norte y este eran las más apropiadas para el asentamiento de población, mientras que en el Ensanche Sur, debido a la irregularidad y el fuerte desnivel de los terrenos, “*a nadie se le ocurriría*

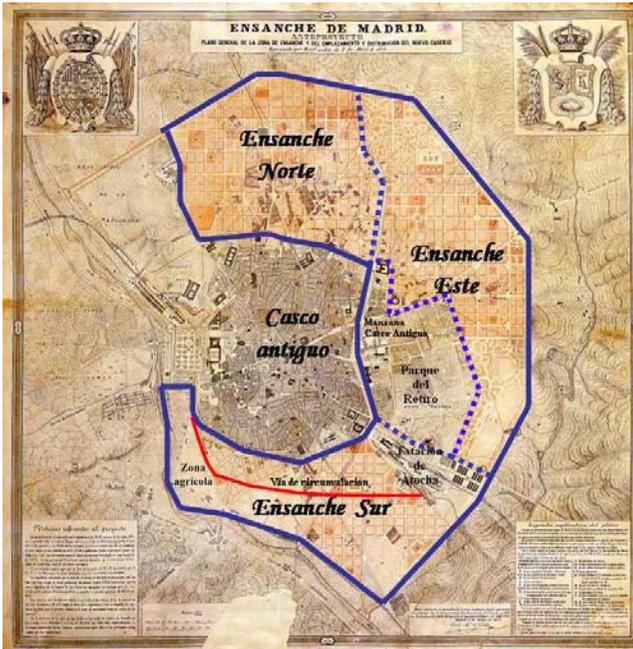
---

<sup>7</sup> GÓMEZ MENDOZA, Antonio: *Ferrocarril, industria y mercado en la modernización de España*, Madrid, Espasa Calpe, 1989; GÓMEZ MENDOZA, Antonio: “Madrid, centro de la red de comunicaciones” en *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, 666 (2001), pp. 343-358.

<sup>8</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel (dir.): *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España, 1700-1936: el correo, el telégrafo y el teléfono*, Madrid, Ministerio de Obras Públicas, Transporte y Medio Ambiente, 1993.

seguramente el proponer la edificación de un gran barrio por la parte del río Manzanares en los terrenos hoy ocupados por huertas y que huertas seguirán siendo como lo han sido por centenares de años”<sup>9</sup>. No obstante, la incluyó porque consideraba que debía cerrarse el circuito del Ensanche en torno a toda la población, pero insistiendo nuevamente en que se trataba de terrenos “completamente inútiles para una edificación ni aún de medianas condiciones”<sup>10</sup> y, por ello, les dio unos usos agrícolas e industriales.

### Plano 1: Proyecto de Ensanche de Madrid (1860)



[Fuente: Plano elaborado por Carlos M<sup>a</sup> de Castro para la memoria del Anteproyecto de Ensanche. Las líneas divisorias de cada una de las zonas son elaboración propia para facilitar su localización inmediata. El parque del Retiro y la manzana n<sup>o</sup> 276, en oscuro, fueron englobadas en el proyecto de Ensanche, aunque pertenecían al casco antiguo. La línea en gris señala la vía de circunvalación ferroviaria que unía las estaciones de Atocha y Príncipe Pío.]

Este proyecto de Ensanche no resolvió los problemas para los que fue creado (hacinamiento, insalubridad, alta mortalidad en barrios y casas desastreadas) y dio rienda suelta al lucro y la especulación inmobiliaria. Sin embargo, catapultó a la regia Villa a una nueva era, abierta a cambios e influencias procedentes de otros rincones, más allá de su arrugado ombligo. Desde ese momento la ciudad se entendió de manera diferente, y lo hizo a la fuerza, apabullada por la constante llegada de inmigrantes que, en el caso del Ensanche Sur, hoy distrito de Arganzuela, dibujaron un nuevo y diferente rostro al de otros barrios populares del inmenso lienzo madrileño del Sexenio y de la Restauración.

<sup>9</sup> BONET CORREA, Antonio (ed.): *Plan Castro*, Madrid, COAM, 1978, pág. 113.

<sup>10</sup> BONET CORREA, Antonio (ed.): *Plan Castro...*, pág. 104.

### 3. Humo, hierro y campo. Los nuevos barrios del sur

Los terrenos conocidos en su tiempo como “*afueras del sur*”, aquellos que conectaban el casco antiguo con el río Manzanares, entre el puente de Segovia y la actual Avenida Ciudad de Barcelona, eran poco más que tierras agrícolas y descampados, atravesados por los caminos que salían desde la Corte hacia los pueblos y localidades cercanas como Vallecas o Toledo<sup>11</sup>. Durante el reinado de Carlos III, se habían creado una serie de paseos arbolados que partían de las principales puertas de salida de la ciudad, con la loable finalidad de dignificar y engalanar las entradas a la capital entre su muralla y el río; pero el raquítrico embellecimiento ilustrado se quedó en eso y no se acometieron más obras de acondicionamiento del terreno, de modo que existían fuertes desniveles, barrancos y zonas deprimidas que no se rellenarían hasta muchos años después. Un paisaje que también contemplaba algunas huertas, modestos talleres familiares perdidos en medio de la nada y el lánguido asentamiento de una población escasa y desperdigada, con un minúsculo corazón en el arrabal de las Peñuelas, nacido en la década de los años 30 del siglo XIX. Con el paso del tiempo, la zona sufrió una fuerte degradación, debido al abandono y descuido municipal:

... como tenía que ir desde la calle de Hernán Cortés a la de Moratines, en el barrio de las Peñuelas, deteniéndose y preguntando por no conocer muy bien Madrid, ya habían dado las diez cuando entró por el conocido y gigantesco paseo de Embajadores. A mano derecha hay una vía que empieza en calle y acaba en horrible desmonte, zanja, albañal o vertedero, en los bordes rotos y desportillados de la zona urbana.<sup>12</sup>

A la altura de la década de 1880, la protagonista de la obra galdosiana, Isidora Rufete, no veía a las *afueras del sur* como un lugar idóneo para el goce de sus sentidos. Los bellos paseos arbolados habían envejecido como caminos sucios y polvorientos, los barrancos estaban llenos de basuras e inmundicias, las alcantarillas vomitaban los deshechos de la civilización, mezclándose con las aguas de arroyuelos que regaban las huertas de los alrededores y el Canal del Manzanares se cerró por no ser más que un muladar que convertía al paseo de Yeseros, o del Canal, en un reino de olores nauseabundos. Pero no todo era achacable a la indolencia del Consistorio.

A diferencia de lo que ocurría en las zonas Norte y Este de Madrid, donde la puesta en marcha del proyecto de Ensanche impulsó su transformación, en el Sur el

---

<sup>11</sup> Para una detallada información sobre los límites físicos de Arganzuela, así como una explicación más exhaustiva de los cambios en su denominación, ver CARBALLO, Borja, PALLOL, Rubén y VICENTE, Fernando: *El Ensanche de Madrid...*, pp. 219-282.

<sup>12</sup> PÉREZ GALDÓS, Benito: *La desheredada*, 1881, parte I, capítulo II.

ferrocarril fue el principal agente que trastocó las características económicas, de habitabilidad y hasta de ocio de este espacio, pues cambió completamente los usos del suelo de la etapa anterior y, por tanto, el aspecto general de la zona y su funcionalidad dentro del marco general de la ciudad<sup>13</sup>. Además de las estaciones de Atocha y Príncipe Pío, surgió una vía de circunvalación que debía unirlos<sup>14</sup> y que no sólo partía en dos toda la zona, sino que sus funciones industriales produjeron un hondo impacto en años sucesivos, con la aparición de numerosos depósitos, industrias asociadas y cuadras para el ganado, así como nuevas estaciones (Delicias, en 1880; Imperial, en 1881 y Peñuelas, en 1914) de uso fundamentalmente industrial. El ferrocarril convirtió el rostro del Ensanche Sur en un laberinto de talleres, fábricas, cobertizos, almacenes, vías y ramales, que se incrustaban entre las nuevas casas, corralas y chozas que daban cobijo a las gentes que acudían al sueño de la capital.

**Plano 2:** Alteraciones en el proyecto del Ensanche Sur madrileño en el siglo XIX



[Elaboración propia a partir del plano de Castro. Las líneas indican los paseos barrocos, principales vías de comunicación, algunas de las cuales no fueron respetadas por Castro; el arrabal de las Peñuelas, en un círculo,

principal núcleo de población, sobrevivió a la decisión de derribarlo; y la estación de Delicias (sombra nº 1) y la de Imperial (nº 2), no previstas inicialmente. Las construcciones existentes antes de la puesta en marcha del Ensanche aparecen en un tono más oscuro.]

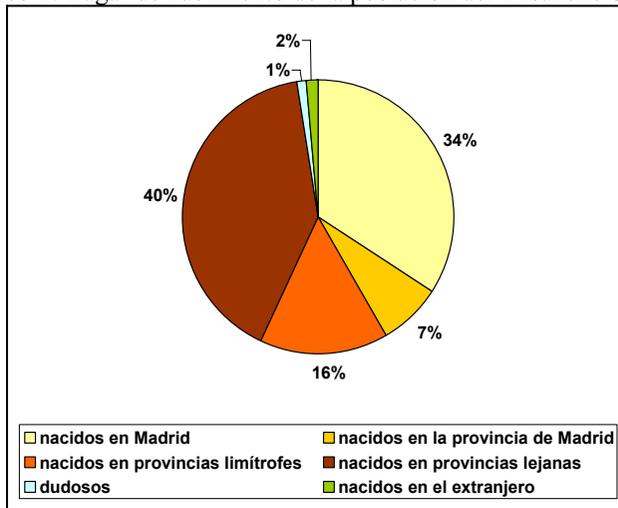
Si Madrid crecía gracias a los caudalosos ríos humanos procedentes de los pueblos y pequeñas ciudades de provincias, no iban a ser menos los recientes contornos

<sup>13</sup> VV. AA.: *Las estaciones ferroviarias de Madrid. Su arquitectura e incidencia en el desarrollo de la ciudad*, Madrid, COAM, 1980; GONZÁLEZ YANCI, María Pilar: *Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la geografía urbana*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1977.

<sup>14</sup> El origen de esta vía se halla en la idea primigenia de fijar una estación central en Madrid, que articulara al conjunto del sistema nacional de comunicaciones. La imposibilidad para crearla hizo que recayese este papel central en la estación de Atocha. De ahí que se le exigiera a la Compañía NORTE, propietaria de la estación de Príncipe Pío, su unión con la de Atocha, por medio de este ramal de contorno, el cual comenzó a construirse antes incluso que la estación del Norte y, por supuesto, que la aprobación del proyecto de Ensanche de Castro, que se vio en la obligación de respetarlo.

por donde ésta se expandía. Los alquileres de las casas eran considerablemente más asequibles en los nuevos terrenos del Ensanche que en el viejo casco, una circunstancia a tener muy en cuenta por aquellos que escapaban a la ciudad en busca de horizontes más amplios para su vida y no contaban con demasiados recursos para ello. Dos de cada tres personas eran forasteras en el Ensanche Sur y la mayoría de los madrileños eran niños menores de diez años, hijos de esos inmigrantes. Las tierras de Asturias y Lugo, al igual que sucedía en el conjunto de la ciudad, aportaban un significativo número de personas, pero en el caso del Ensanche Sur eran el campo castellano-manchego y el sureste español los que protagonizaban el mayor desembarco.

**Gráfico 1:** Lugar de nacimiento de la población del Ensanche Sur (1860)

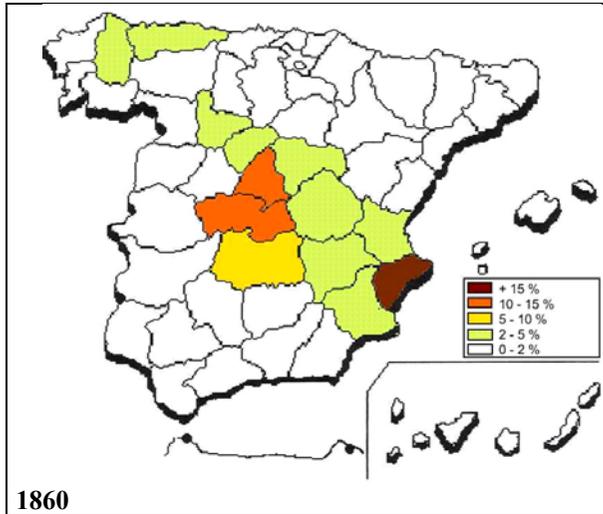


[Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del padrón de 1860. Archivo de Villa de Madrid (AVM), Estadística]

El proceso inmigratorio no sólo se afianzó con el paso de los años, sino que cobró aún mayor fuerza e importancia en el crecimiento de la ciudad y sus zonas de Ensanche, pues el modelo demográfico continuaba arrojando saldos negativos en la evolución natural de sus tasas de nacimientos y defunciones. La inmigración se intensificó, catapultó al Ensanche Sur de sus iniciales 3.701 habitantes a 15.707 en 1878 y experimentó una evolución en cuanto a sus lugares de origen, pues las provincias limítrofes a Madrid se convirtieron en sus mayores fuentes de aprovisionamiento y la Meseta Norte aparecía en escena de forma gradual, en detrimento del sureste español, que puso sus miras preferentemente en Barcelona<sup>15</sup>.

<sup>15</sup> OYÓN, José Luis: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras (1914-1936)*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2008.

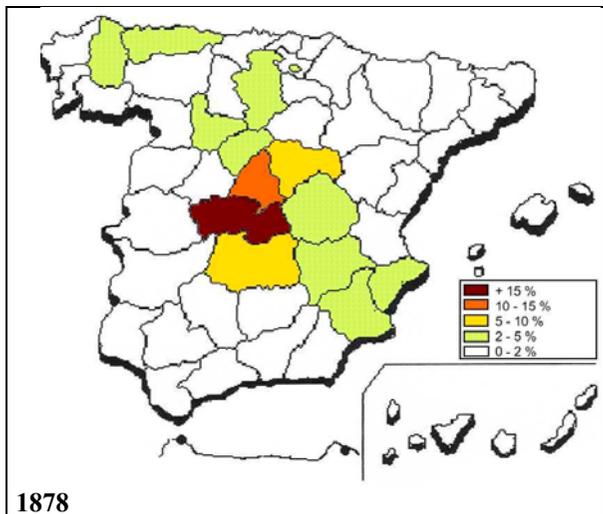
**Mapa 1:** Lugares de origen de la población inmigrante en el Ensanche Sur



[Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de los padrones de 1860 y 1878. AVM, Estadística.]

Emigrar a la gran ciudad siempre ha constituido, cuanto menos, una decisión difícil de tomar, pues conlleva grandes riesgos y la posibilidad de fracasar en el intento de alcanzar una mejora en la existencia. Quizá por ello los inmigrantes tendían a seguir los caminos ya trazados por otros, a responder al “efecto llamada”

de aquellos conocidos que hicieron el viaje antes que ellos. Las redes de paisaje actuaron como invisible cordón umbilical entre Madrid y los millares de pueblos que avivaban su metamorfosis con pequeños enjambres de aldeanos, descubiertos muy cerca unos de otros, en una casa de vecindad o en una misma calle. En 1878, el edificio número 4 de la Ronda de Toledo era una corrala de 641 personas, agrupadas en 99 familias, de las cuales 43 procedían de pueblos toledanos como Magán, Tembleque, La Guardia, Villacañas, Villafranca de los Caballeros o Dosbarrios, todos ellos en un radio máximo de 50 kilómetros entre sí, lo cual hace suponer



la existencia de un conocimiento previo a través de las redes comerciales y familiares locales. Una diminuta colmena toledana aposentada en las intermediaciones de la puerta que llevaba el nombre de su tierra, la entrada habitual para todos aquellos que llegaban desde las provincias del sur para realizar negocios, visitar a parientes o establecerse en la capital. A esto se sumaba la estratégica ubicación del inmueble, muy próximo a centros de trabajo como la fábrica de gas o los

numerosos talleres, almacenes y estaciones ferroviarias en construcción. Eran redes de paisanaje más o menos numerosas, escondidas también en otros puntos del Ensanche, que ofrecían cobijo a los recién llegados, o valiosa información para hallar cuartos asequibles al bolsillo o una primera colocación.

**Plano 3:** Concentración de inmigrantes toledanos en el Ensanche Sur de Madrid (1878)



[Fuente: Elaboración propia a partir del plano de Madrid de 1877 de Ibáñez de Ibero.]

Aun así, el círculo preferido a la hora de lanzarse a la aventura de Madrid era el familiar. El fortísimo crecimiento demográfico que experimentaron las nuevas zonas del Ensanche, a base de constantes ríos de inmigrantes, no estaba desembocando en una población desestructurada y con un fuerte desarraigo. La

migración en solitario y temporal persistía, pero eran matrimonios con hijos pequeños, o jóvenes parejas recién casadas, quienes capitaneaban el desembarco rural. Tanto en 1860 como en 1878, en el 90% de los hogares de Arganzuela había, al menos, una familia o personas con algún tipo de parentesco. Por ello, la familia se erigió como una red de seguridad en un contexto de pauperización muy extendido<sup>16</sup>. El matrimonio, con o sin hijos, era la situación más frecuente, pero no era la única forma de organizarse que tenían los hogares de la época, abiertos a la constante entrada y salida de personas en ese círculo tan íntimo, especialmente las que requerían mayores auxilios (pequeños y ancianos). El hogar familiar era un ámbito vivo, que se ajustaba a cada coyuntura socioeconómica con el fin de solucionar problemas como la viudedad o la orfandad (dado el limitado alcance que tenía la beneficencia pública en el siglo XIX), o alcanzar aspiraciones mayores del grupo de parentesco (sacar en común un negocio, lograr que las nuevas generaciones logren una mejor posición socioeconómica a través de los estudios superiores, etc.).

<sup>16</sup> VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “Pauperismo, pobres y asistencia domiciliaria en el Ensanche Sur de Madrid (1878-1910)”, en GÓMEZ-FERRER, Guadalupe y SÁNCHEZ, Raquel (eds.): *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, CD-ISBN: 84-689-8305-5.

<b>Cuadro 1. Tipo de familia en los hogares del Ensanche Sur<sup>17</sup></b>		
<b>Categorías familiares</b>	<b>1860</b>	<b>1878</b>
Solitario	6,24%	3,74%
Familiares sin núcleo	0,61%	0,74%
Pareja	16,05%	15,18%
Nuclear	46,11%	37,23%
Monoparental	5,73%	7,02%
<b>Total nucleares</b>	<b>67,89%</b>	<b>59,43%</b>
Extensas	5,83%	11,02%
Troncal	1,02%	1,58%
Múltiple	1,33%	2,26%
<b>Total complejas</b>	<b>8,18%</b>	<b>14,86%</b>
Realquilados sin núcleo	4,81%	3,61%
Pseudoextensa	9,51%	8,58%
Múltiple realquilado	2,76%	9,05%
<b>Total realquilados</b>	<b>17,08%</b>	<b>21,23%</b>
<b>Tamaño medio del hogar</b>	<b>3,78</b>	<b>4,13</b>
<b>Nº total de hogares</b>	<b>979</b>	<b>3.801</b>

Sin embargo, la solidaridad familiar no se reducía exclusivamente al marco del hogar; ésta podía expresarse sin la necesidad de compartir el mismo techo. Cualquier tipo de clasificación familiar oculta el funcionamiento de las redes de parentesco, la existencia de *familias extendidas*<sup>18</sup>. Si la inmigración era la arteria que alimentaba a Madrid, y ésta tenía un tono claramente rural, es lógico pensar que estas personas intentasen continuar, en la medida de lo posible, con sus pautas de comportamiento, con su manera de hacer las cosas y de relacionarse, aprendida en sus lugares de origen. En sus pequeños pueblos todo el mundo se conocía, algo imposible en ciudades de estas dimensiones. Por ello, vivir cerca unos de otros, retomar los momentos de ocio e intimidad familiar rotos por la distancia, o contar con la

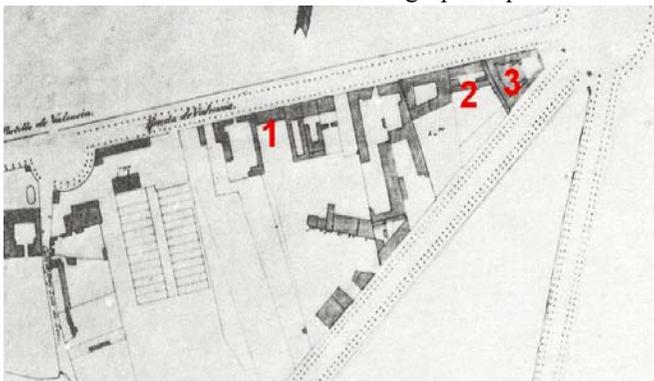
<sup>17</sup> Elaboración propia a partir de los datos del padrón municipal, AVM, sección Estadística. A la hora de elaborar la clasificación se ha seguido el modelo clásico de Laslett, para establecer un coherente análisis comparativo, pero con una serie de retoques para abarcar adecuadamente todo el espectro urbano, especialmente la figura de los realquilados, personas ajenas al círculo familiar que compartían hogar con la familia para poder sufragar, de esta manera, los gastos del alquiler. Por ello, se han añadido tres categorías: realquilados sin núcleo familiar (personas que comparten residencia sin mediar vínculo familiar alguno), pseudoextensas (familias nucleares que acogen a personas ajenas a la familia) y múltiples realquiladas (dos o más núcleos familiares sin lazos familiares entre ellos). Los criados no han sido considerados a la hora de la adscripción de las familias en una u otra categoría, pues distorsionaría exclusivamente a las categorías con realquilados en el hogar.

<sup>18</sup> MUÑOZ LÓPEZ, Pilar: *La familia en la España de la Restauración*, Madrid, Marcial Pons-UAM, 2001; REHER, David Sven: *La familia en España. Pasado y presente*, Madrid, Alianza Universidad, 1996.

oportuna mano del pariente para hacerse con un empleo, cobraba un gran sentido en un momento tan difícil en la vida de las personas como era mudar una aldea, o una diminuta ciudad de provincias, por la jungla urbana de la gran capital.

Un fenómeno que puede ejemplificar Lorenzo Jiménez Delgado. En 1860 era un joven recién casado de 30 años, procedente de Auñón (Guadalajara), corredor de vinos y con pocos años de estancia en la capital. Vivía en un bajo del nº 11 de la Ronda de Atocha (por el que pagaba 15 pts al mes; la media en ese año era de 10 pts), junto a su joven esposa, Manuela Rodríguez, de 24 años, y su suegra, Francisca Cascales, de 48 años, viuda y procedente de Alcantarilla (Murcia). En el bajo del mismo edificio vivía la hermana de la suegra de Lorenzo, María, también viuda y dos de sus hijas, de 23 y 27 años, todas de Alcantarilla, y una de ellas casada con Patricio, un carretero también de Alcantarilla. Muy cerca, en el nº 3 de la misma calle, la hermana mayor de Lorenzo, Remigia, vivía con su esposo, Juan Antonio Picazo y la hija de ambos, Josefa. Juan Antonio era un propietario nacido en Tarazona (Albacete) cuyos negocios le permitían mantener a tres criados y a dos empleados, los cuales también procedían de Tarazona. Aunque ya no era familiar directo, Lorenzo podía relacionarse con el cuñado de su hermana, Alfonso Picazo, que vivía en el nº 1 de la misma Ronda de Atocha, junto a su esposa y a dos sobrinas de 24 y 11 años llegadas de Tarazona.

**Plano 4:** Distribución del grupo de parentesco en la Ronda de Atocha



[Fuente: Elaboración propia a partir del plano catastral de Carlos Colubí (1866). El nº 1 indica la casa donde vivía la familia de Lorenzo y de su tía política; el nº 2 corresponde a la casa de su hermana y el nº 3 al cuñado de su hermana.]

En resumen, un grupo de personas que formaban una gran familia *extendida*, que había convertido una importante calle de la capital en un espejismo de sus pueblos de origen, donde todos se conocían. Familiares y paisanos, quizá amigos, que habían tejido una red de solidaridad fundamental durante los primeros momentos de vida en la capital, para su integración en ella y su consolidación con el paso de los años. En 1878 Lorenzo Jiménez seguía casado con Manuela y estaba plenamente asentado en la ciudad. Vivía muy cerca de su antigua casa, en el nº 7 de la Ronda de Atocha, donde regentaba un figón por el que pagaba 47,5 pts al mes y 17 pts de contribución. Una modesta taberna en la que, seguramente, ayudaban con la clientela diaria sus hijos Vicenta, de 19 años, Maximi-

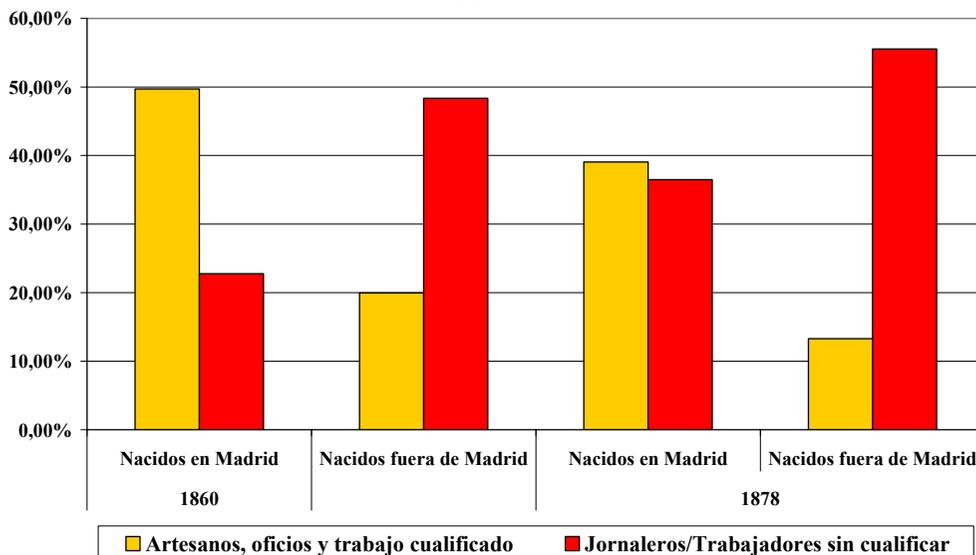
liano, de 18 años, y Francisco, de 15. Además tenía a otro pequeño de 5 años, Mateo. El negocio familiar era una poderosa razón de permanencia en el mismo lugar, pues los figones o tabernas precisan de estabilidad para afianzar a la clientela. En cambio, habían desaparecido las personas que conformaban aquella *gran familia* de 1860, tanto familiares como paisanos de esos pueblos de Guadalajara, Murcia o Albacete. Madrid era un gran molino donde los granos estaban en continuo trasiego. Una vez que se adquiría una cierta experiencia en la vida interna de la ciudad, la convivencia pegada a los parientes, al modo rural, era inverosímil en medio de un torbellino que terminaba por conducir a cada uno por rutas separadas<sup>19</sup>.

Conocer la ciudad era un grado, y más en Madrid, centro de influencia y decisión nacional, donde las oportunidades eran numerosas pero había que saber dar con ellas y tener la capacitación suficiente para aprovecharlas. El pulso económico madrileño marcaba un doble compás: por un lado, la ciudad expandía su cuerpo físico a base de obras públicas de gran envergadura (Canal de Isabel II, apertura de calles y paseos, edificios públicos que simbolizaban una capitalidad sobre nuevas bases); por otro lado, la capital reforzaba su posición central en el nuevo Estado liberal a través de las administraciones públicas, procuraba articular un verdadero mercado nacional con el desarrollo de las comunicaciones, se postulaba como núcleo financiero y de servicios que complementaba al desarrollo más industrial de Cataluña y País Vasco y se erigía como el inequívoco referente cultural y de prestigio de la época.

Los miles de inmigrantes que llegaban anualmente a sus puertas no sólo cuestionaban el concepto de villa encerrada, sino también la forma en que se organizaba el mundo del trabajo. El control gremial sobre la industriosa economía madrileña se vio rápidamente desbordado por el aluvión de personas que acudían al sueño de la gran ciudad y por las necesidades, cada vez mayores y más diversificadas, de una capital en plena transformación. Todavía contaría, y mucho, haber nacido en el propio Madrid para disfrutar de unos conocimientos técnicos, así como de unos contactos personales, que reportaran una estabilidad en el puesto de trabajo, una mayor retribución salarial y gozar así de un mayor desahogo diario, o disponer de una vivienda más cómoda y amplia. En el Ensanche Sur, a la altura de 1860, casi la mitad de los cabezas de familia madrileños eran artesanos o trabajadores cualificados, mientras que entre los inmigrantes sólo uno de cada cinco disfrutaba de ese status profesional y casi la mitad eran jornaleros. Sin más experiencias que las adquiridas con el arado o entre el ganado, la mayoría se lanzaban a la gran ciudad para trabajar en lo que fuera, allí dónde les llamasen, y de ello se aprovecharon el negocio de la construcción, empeñado en levantar una capital más digna y moderna y generar a la vez un lucrativo negocio, o el mundo del ferrocarril y sus industrias asociadas.

---

<sup>19</sup> VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “De parientes a vecinos: evolución de las redes de parentesco y la solidaridad familiar en un espacio urbano en transformación: El Ensanche Sur de Madrid (1860-1905)” en *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos* (2008), URL: <http://nuevomundo.revues.org/index29862.html>.

**Gráfico 2:** Cabezas de familia artesanos y jornaleros en el Ensanche Sur (1860-1878)<sup>20</sup>

[Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del padrón municipal, AVM, sección Estadística.]

Con el paso de los años, la oferta de jornaleros, mozos, peones de albañil y ayudantes, no hizo sino aumentar. La economía madrileña asistía a una paulatina corrosión de su seña de identidad: el mundo de los oficios se diluía en el océano jornalero. El antiguo maestro o el trabajador altamente cualificado mantenían sus preciados conocimientos, su técnica depurada, pero su labor diaria y sus ingresos se confundían peligrosamente con el trabajador inexperto. Ya no era suficiente con haber nacido en la propia ciudad, o conocer bien su funcionamiento interno. El fenómeno afectaba a todos por igual, aunque el recién llegado seguía encontrando mayores dificultades para escapar de la incertidumbre que conllevaba la condición de jornalero.

<sup>20</sup> Para consultar el cuadro completo de la clasificación socioprofesional del Ensanche Sur ver VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *Los albores del nuevo Madrid: el distrito de Arganzuela (1860-1878)*, Madrid, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es: 6238, 2007. Una clasificación socioprofesional del Ensanche madrileño al completo en CARBALLO, Borja; PALLOL, Rubén y VICENTE, Fernando: *El Ensanche de Madrid...*, p. 382.

#### 4. Sombras de la Modernidad. El callejero humano del Ensanche Sur

Los jornaleros, dedicados a trabajos duros, mal pagados, inseguros, temporales y pendientes de ser o no señalados al alba para ese día, se convirtieron en una figura emblemática en el Madrid de la época. Eran la prueba del algodón para comprobar los tintes sociales de una zona. Su mayor o menor presencia venía condicionada, en gran medida, por el nivel de precios de los alquileres de las viviendas y resultaba un buen termómetro para medir la temperatura de la segregación socioespacial en cada zona. Aunque en el Ensanche Sur la figura del jornalero era muy abundante, existían nítidas diferencias entre las calles, entre las rondas próximas al casco antiguo, que contaban incluso con familias de clases medias y miembros con una cierta preeminencia social, y las riberas del Manzanares, donde se refugiaba una población marginal en barriadas acosadas por la pobreza y la miseria.

**Plano 5:** El Ensanche Sur en 1877



[Elaboración propia a partir del plano de José P. Morales, donde pueden verse la zona de establos y paradores, como el de Gil Imón (1), donde se ubicaría la estación de Imperial; el puente de Toledo (2) con las barriadas marginales de las Injurias, a la derecha, y las Cambroneras, a la izquierda; la fábrica de Gas, en las inmediaciones de la puerta de Toledo (3); el barrio de las Peñuelas (4), el núcleo residencial más importante, atravesado por la vía de circunvalación; la calle de Pacífico, junto a la estación de Atocha (5) y los talleres y almacenes de los Docks (6).]

Los alrededores de Atocha crecieron a un ritmo vertiginoso, al calor de las grandes oportunidades para encontrar trabajo que brindaba el gigante de hierro. Una mañana de talleres, almacenes y pequeñas fábricas se mezclaba con los edificios de viviendas, aunque las diferencias en el interior de los cuartos eran notables entre unas vías y otras, a lo largo de la misma calle e, incluso, dentro de los propios inmuebles.

En los primeros bloques de la calle del Pacífico (casas bajas, compuestas por un bajo y el principal) habitaban gentes como el abogado Gonzalo Juan o Antonio Fernández (propietario de un café con un cierto brillo a tenor de la renta costeaba). Miembros de clases medias que colindaban con un enjambre de más de 500 personas embutidas en una casa de vecindad adyacente. Una corrala donde los pisos principal y segundo estaban copados por oficiales del Ejército (tenientes y capitanes), empleados medios del ferrocarril (con salarios entre las 1.500 y las 3.000 pesetas al año), comerciantes o profesores de la enseñanza pública. A medida que se ascendía por la escalera y el espacio se apretujaba, hasta convertir los cuartos en nichos, al rellano de la puerta asomaban empleados cesantes, jubilados, maquinistas y fogoneros del ferrocarril y jornaleros. Un mirada que aún se ensombrecía más si atendemos a la figura de José Tello, un “ciego y pobre”, según su propia declaración, que se precipitaba calle abajo para llegar a su casa, en los tejares de los Docks, donde malvivían ocho familias, encabezadas la mitad por jornaleros y el resto por una viuda “pobre de solemnidad”, otra que era ciega y el citado José, casado y con cinco hijos en una “covacha”, según afirmaba, en deplorables condiciones, en el último vagón de cola donde sólo tenían cabida los marginados sociales.

**Cuadro 2:** Indicadores de segregación socioespacial en el Ensanche Sur (1878)<sup>21</sup>

Calles	Alquiler medio	Nº familias	Nº familias jornaleras	Proporción familias jornaleras	Alquiler medio familias jornaleras	Familias encabezadas por madrileños de origen
Pacífico	26,61	239	93	38,91%	15,29	27 (11,30%)
Paseo de Sta. Mª de la Cabeza	21,93	70	17	24,29%	15,23	10 (14,29%)
Paseo de Embajadores	17,62	232	86	37,07%	12,96	58 (25,00%)
Paseo Imperial	14,61	94	38	40,43%	12,28	19 (20,20%)
Plaza de las Peñuelas	11,72	39	21	53,85%	11,23	9 (23,10%)
Cristo de las Injurias	9,89	110	60	54,55%	9,58	20 (18,20%)
Las Cambroneras	11,98	76	44	57,89%	7,89	9 (11,80%)

El otro gran núcleo de población giraba en torno a las Peñuelas, la Puerta y el puente de Toledo, un cosmos hormigueante y bullicioso, donde la existencia presentaba carencias similares y soluciones parecidas. La imagen del Ensanche Sur como

<sup>21</sup> Elaboración propia a partir de los datos del padrón municipal, AVM, sección Estadística.

zona popular y marginal fue resaltada desde el siglo XIX y ha llegado con una gran fuerza a la actualidad, aunque por alguna de sus calles se colaban miembros de las capas medias y pequeño burguesas de la sociedad, que ocupaban un espacio diferente al de la pobreza que campaba por estos contornos. Paseos como el de Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza y Embajadores, o la ronda de Atocha, espaciosos y con lindas hileras de árboles que adornaban su recorrido, se deslizaban por una orografía más agradable que las brucas pendientes al sur de las Peñuelas. Sin ser hotelitos o palacetes, el exterior de las casas levantadas a lo largo de estas vías debía ofrecer al viandante una visión mucho más placentera de lo que podía esperarse. Así lo constataba el periodista Julio Vargas en 1885, que insinuaba que habían sido “*edificadas para ocultar al curioso las verdaderas Peñuelas*”<sup>22</sup>. Los bajos solían corresponder a negocios familiares, como sucedía en el número 10 del paseo de Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza, el cual contaba con una cochera, una tienda, una carpintería y una taberna (con alquileres entre las 25 y las 35 pesetas mensuales), mientras que en los principales menudeaban los pequeños propietarios, empleados de mediana categoría, profesiones liberales, o comerciantes con algún negocio próspero como el tratante Juan Labordetta, el cual tenía a su cargo a cinco mozos de caballos y empleaba a dos de sus cuñados.

Sin embargo, el antiguo arrabal de las Peñuelas presentaba un cariz más oscuro y comenzaba a ganar su fama como el barrio negro de la capital por el estado de sus casas y calles, por el aspecto de sus vecinos, por las costumbres que acogía en su interior:

Al ver las miserables tiendas, las fachadas mezquinas y desconchadas, los letreros innobles, los rótulos de torcidas letras, los faroles de aceite amenazando caerse; al ver también que multitud de niños casi desnudos jugaban en el fango, amasándolo para hacer bolas y otros divertimentos; al oír el estrépito de machacar sartenes, los berridos de pregones ininteligibles, el pisar fatigoso de bestias tirando de carros atascados y el susurro de los transeúntes, que al dar cada paso lo marcaban con una grosería, creyó por un momento que estaba en la caricatura de una ciudad hecha de cartón podrido.<sup>23</sup>

Los propios vecinos eran conscientes del deplorable estado de su barrio y elevaron al Ayuntamiento numerosas cartas de quejas y reclamaciones para conseguir el arreglo del firme de las calles, agujereado por incontables baches y socavones, o la recogida y encauzamiento de las aguas residuales y fecales que correteaban por zanjias y cunetas de la superficie<sup>24</sup>. Eran gentes con bastantes años de estancia en la capital, donde se concentraba el mayor porcentaje de madrileños de todo el Ensanche

---

<sup>22</sup> VARGAS, Julio: *Madrid ante el cólera*, Madrid, El Liberal, 1885, p. 2.

<sup>23</sup> PÉREZ GALDÓS, Benito: *La desheredada*, Madrid, 1881, parte I, capítulo II.

<sup>24</sup> CARBALLO, Borja, PALLOL, Rubén y VICENTE, Fernando: *El Ensanche de Madrid...*, pp. 256-263.

Sur y, por ello, podían recordar los azotes epidémicos que habían atacado Madrid, con especial virulencia en sus rincones más populares, a lo largo del siglo XIX<sup>25</sup>. Las autoridades municipales apenas prestaron atención a sus reclamaciones, salvo para culpar a los propios vecinos por el estado del barrio, y en 1885 la plaza de las Peñuelas acaparó titulares en la prensa como uno de los focos difusores de la terrible epidemia de cólera que castigó a la capital. Los barrios del sur volvieron a ser el centro de atención de las preocupaciones de los madrileños (ahí nacieron los interesantes artículos de Julio Vargas), pero, por enésima vez, tarde, pues la situación no varió en demasía y dos décadas después el médico higienista Philip Hauser o el escritor Pío Baroja se hicieron eco, cada uno con su literatura correspondiente, del lamentable aspecto que presentaba este barrio de Madrid<sup>26</sup>. Sus estrechas y rectilíneas calles formaban manzanas alargadas, con agónicos patios interiores, de “*edificaciones, en su gran mayoría, antiguas, mejor dicho, viejas, mezquinas, y hasta miserables muchas de ellas*”<sup>27</sup>. Cada día, el tren saludaba a los vecinos con sus roncans andares y partía en dos la plaza de las Peñuelas, siguiendo como un perro fiel la senda marcada por una línea negra, la vía de circunvalación, un amenazante cinturón sin ninguna protección que rezumaba riesgo para todo aquél que se atreviera a rebasarlo. Éste era el corazón del Ensanche Sur, donde se cruzaban por sus arterias el errante jornalero con el artesano, el tendero con el animoso comerciante, el empleado cesante que suspiraba por el cambio de Gobierno con el pequeño propietario. Un barrio donde predominaba el modesto negocio familiar destinado a los artículos de primera necesidad. Despachos humildes donde, a lo sumo, había uno o dos jóvenes dependientes, poco más que niños, que atendían a la clientela y, a cambio, recibían techo y un plato de comida caliente en la misma casa del dueño. Pequeñas tiendas y comercios, cuyos productos no eran para finos paladares, pero sí asequibles para un vecindario donde, según se quejaba la *Sanguijuelera* en la novela *La desheredada* de Galdós, “*se repican las campanas cuando se ve una peseta*”.

---

<sup>25</sup> En la segunda mitad del siglo XIX destacan las epidemias de cólera en 1855, 1865 y 1885; y la global de gripe, cólera y viruela en 1890. Para más información, FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Barcelona, Vicens Vives, 1985.

<sup>26</sup> Entre las novelas de Baroja se pueden destacar *La busca* y *Mala hierba*, dentro de su obra *La lucha por la vida*. Del primero, ver HAUSER, Philip: *Madrid bajo un punto de vista médico-social*, 2 vols., (edición a cargo de Carmen del Moral, Madrid, Editora nacional, 1979).

<sup>27</sup> VARGAS, Julio: *Madrid ante el cólera...*, p. 6.

<b>Cuadro 3: Principales negocios en el barrio de las Peñuelas (1878)<sup>28</sup></b>			
<b>Alquiler Ptas./mes</b>	<b>Local</b>	<b>Dirección</b>	<b>Profesión del cabeza de familia</b>
125	comercio (bajo)	Paseo Embajadores, 4	<b>comerciante</b>
120	Tienda (bajo)	Paseo Embajadores, 5 y 7	<b>panadero</b>
82	Tahona	Ercilla, 11	<b>panadero</b>
75	Bajo	Labrador, 1	<b>vidriero</b>
75	Tienda	Paseo Embajadores, 8	<b>comerciante</b>
60	Tienda	Labrador, 1	<b>dependiente de comercio</b> (el inquilino no vive aquí)
60	Figón	Paseo Embajadores, 2	<b>figonero</b>
52,5	Taberna	Paseo Embajadores, 34	<b>tabernero</b>
50	Tienda	Martín de Vargas, 4	<b>tendero</b>
50	Taberna	Paseo de Embajadores, 3	<b>tabernero</b>

Más al sur, el universo social que giraba en torno a las calles de Arroyo de Embajadores, Cristo de las Injurias o Las Cambroneras, o caseríos como Casa Blanca o la Casa del Cabrero, era un oscuro pozo de pobreza y marginalidad apartado de la ciudad, cuyos perfiles quedaban definidos en el nivel de sus alquileres, en la paupérrima entidad de los contados negocios abiertos<sup>29</sup> o en las profesiones declaradas en las hojas del padrón municipal. Parajes donde las casas huían unas de otras, taciturnas, reacias a formar en compañía, al estilo del barrio de las Peñuelas. Casas y personas que se escondían entre pendientes, hondonadas, estrechos senderos y cercas. Un paisaje perturbador e inquietante, donde una visita tenía más de insensata aventura nocturna que de alegre paseo vespertino hacia las riberas del río. Los inmuebles se reducían a casas bajas de una o dos plantas, algunas chozas dispersas y casas de vecindad aisladas, las colmenas de la pobreza madrileña, como el número 11 del Arroyo de Embajadores, que en 1878 daba cobijo a 287 personas encabezadas por jornaleros (40 familias), zapateros (5), lavanderas viudas (4), albañiles (3), vendedoras ambulantes (3), costureras, (3), sastres, pintores o traperos. Un mundo de penuria que lindaba con la mendicidad, descrito unos años más tarde por la magistral pluma de Baroja<sup>30</sup>. El colofón llegaba en la propia entrada a la capital por el puente de Toledo, que aparecía escoltado por barriadas como Las Cambroneras o Las Injurias, un suburbio formado por “*cuatro manzanas de casuchas miserables*”, el abis-

<sup>28</sup> Elaboración propia a partir de los datos del padrón municipal, AVM, sección Estadística.

<sup>29</sup> Las tiendas de comestibles y pequeños figones que poseían los alquileres más elevados de la zona apenas llegaban a las 25 o 30 pesetas mensuales.

<sup>30</sup> Baroja describió este mismo edificio de la calle de Arroyo de Embajadores como *la casa del tío Rilo*. BAROJA, Pío: *La lucha por la vida I. La busca*, Madrid, 1904, parte II, capítulo IV. Para un análisis en profundidad de la composición social de estos contornos, ver CARBALLO, Borja, PALLOL, Rubén y VICENTE, Fernando: *El Ensanche de Madrid...*, pp. 264-268.

mo vergonzante de Madrid, donde “*garitas situadas de trecho en trecho y aisladas de las casas, sirven para alimentar los pozos negros que al pie de ellas se encuentran y que encierran el barrio dentro de un cordón pestilente e inmundo*”<sup>31</sup>, donde la suciedad, la incuria y el desaliño vestían por igual a pobres y delincuentes comunes<sup>32</sup>. Tierra de mozos de cuerda, silleros de viejo, trabajadores sin oficio concreto, pintores, músicos de ciego, ciegos sin más, vendedoras, ayudantas, traperas, lavanderas y jornaleros por doquier, que dibujaban un desolado horizonte en los bordes desportillados de la nueva capital.

## 5. Conclusiones

A mediados del siglo XIX, la ciudad de Madrid, oculta tras el protagonismo de una capital que se enfrascaría, en pocos años, en un proceso tumultuoso de cambio político, se embarcó en un viaje a largo plazo que supuso una profunda mutación en su morfología urbana y humana, así como en la manera de entenderse a sí misma. El proyecto de expansión de la ciudad se unió a las aguas del Canal de Isabel II, al ferrocarril, que comenzaba a dibujar su esquelético metálico por la piel de toro, y al imprescindible rango de capital política del país, para sentar las bases sobre las que amplió su cuerpo, fama, poder y capacidad de decisión. El Ensanche fue un intento de alivio de los problemas de hacinamiento y salubridad que aquejaban a la regia villa, al tiempo que diseñó un suculento negocio inmobiliario para las poderosas rentas asentadas en la capital. Muy pronto desdibujado por la fuerte especulación del suelo que se desató, por las acciones individuales de propietarios y vecinos, por la actuación contraria desde el Ayuntamiento, así como por la fuerza avasalladora de otros factores como el ferrocarril y su impacto en el cuerpo de la ciudad, el Ensanche madrileño, al menos, abrió Madrid al exterior, a influencias de todo tipo y fue una respuesta, quizá timorata, a los cambios que pausadamente alteraban el ritmo de vida de la sociedad. La señal más evidente era la creciente movilidad interna, desde el campo a la ciudad, por parte de miles de personas que ansiaban un cambio en sus vidas. Madrid, y en concreto el Ensanche Sur, se alimentaron de estos ríos humanos que aportaban, en su gran mayoría, jornaleros que iban a trastocar por completo las formas de vida urbanas. En los inicios de la Restauración, el Ensanche Sur era señalado como los nuevos barrios negros de la capital, pero en su interior

---

<sup>31</sup> VARGAS, Julio: *Madrid ante el cólera...*, pp. 15-27.

<sup>32</sup> El mundo de la pobreza, la marginación, la delincuencia o la prostitución contó con numerosos estudios a finales del siglo XIX y principios del XX, que hoy aportan una enorme riqueza informativa para el investigador. Algunos de ellos son BERNALDO DE QUIRÓS, Constancio y LLANAS AGUILANEDO, José María: *La mala vida en Madrid: Estudio psicológico con dibujos y fotografías del natural*, Madrid, Rodríguez Serra, 1901; y ESLAVA, Rafael: *La prostitución en Madrid, Apuntes para un estudio sociológico*, Madrid, 1900.

bullía un universo social más diverso de lo que podía pensarse, desde el dinámico centro de Atocha o el popular corazón de las Peñuelas, hasta el pozo de miseria y marginación de las Injurias. Un horizonte cortado por los estridentes pitidos que recorrían la vía férrea y donde se cruzaban criadas con lavanderas, el viejo zapatero con el albañil de las nuevas obras del Ensanche, el mendigo con el jornalero que acudía a la caza diaria de un trabajo en algún taller o fábrica; pero también empleados de la Administración, de la banca o del ferrocarril, cada vez en mayor número, con pequeños propietarios, profesores o ingenieros. Todos ellos marcaban un rumbo distinto para Madrid. Eran el presagio de una nueva ciudad.